Es que estaba prohibido incluso tener enamorado

Ana Vásquez

YO TENGO MÁS DE SESENTA AÑOS de vivir aquí. No recuerdo cuándo llegué, porque vine de muy joven. Tendría unos 16 años. Estaba en Guayaquil cuando tuve que ingresar al hospital. Soy Ana Mercedes María Vásquez Jaramillo. Tengo 78 años y tengo cinco hijos. Mis padres murieron ya, pero mis hijos viven aquí en Quito. Para sobrevivir actualmente nadie me ayuda. Sobrevivo haciendo unas cositas y de lo que nos dan en el hospital. No sabía nada sobre este hospital, pues de Guayaquil nos enviaron aquí primero en un grupo con otros pacientes. Cuando ya me mejoraba me iba de vuelta a Guayaquil porque ahí vivía toda mi familia. Me mejoraba, pero como sufría bastante del dolor de huesos, no aguantaba el frío de Quito. Entonces me mandaban a casa, porque era muy frío antes. Me decían que eso me iba a hacer mal porque, ¡uy!, me hacía gritar el dolor de los huesos, la artritis. Ya después, no salí más, tuve que quedarme aquí.

No recuerdo cuántas personas había aquí cuando llegué, tal vez unos 30 pacientes. En realidad, eran pocos. Antes, el Gonzalo González tenía una división de pabellones, uno para hombres y otro para mujeres. En ese entonces, era todo cerrado, tenían bastante miedo y recelo de todo y de todos. Había una malla aquí en la ventana. Cuando venían los familiares a vernos, sólo podíamos verlos a través de esa malla. La ventana era chiquita por si

alguno de los familiares traía alguna cosa para regalar y la podía pasar por ahí. Como estábamos divididos entre hombres y mujeres, no se veía a nadie porque incluso la capilla era cerrada, tenía vidrio y sólo una ventana pequeña por donde metía la mano el sacerdote para darnos la comunión. En realidad, no sé nada de la historia de este hospital, ni quién estaba a cargo, nada, nada. Me acuerdo más o menos que el trato cuando llegué era amable, nos atendían a todos. Lo único difícil era que, en ese tiempo, los médicos y los trabajadores tenían miedo. Se ponían una mascarilla, guantes y zapatos de caucho grande. O sea, se protegían bastante en ese entonces. Yo, como paciente, me sentía acomplejada porque nos rechazaban. Ahora ya no es lo mismo. Cuando entraban a revisarnos, sí conversaban, pero nos pasaban la comida en una charola como de madera. Nosotros recibíamos la comida por una ventanilla. En nuestros platitos, eso sí. Nosotros mismos lavábamos la ropa. Nos daban jaboncito y la lavábamos, como lo hacemos todavía. Y no teníamos ninguna actividad, nada. Sólo había unos terrenos que, por ejemplo, como estábamos jóvenes todavía, los que podían, se ajustaban los cinturones y los trabajaban. Pero yo casi no podía trabajar debido al dolor de huesos y a lo enfermiza que era.

Cuando yo estaba enferma, o cualquiera que se enfermara, las compañeras pasaban la comida. Si una estaba en cama iban las demás compañeras, la ayudaban y le daban de comer en la cama. Es que nadie entraba a servirnos. Entre nosotros nos servíamos. Si alguien estaba enferma había que ayudarle a barrer, a lavar los platos, asearle, tenderle la cama. Eso pasó durante años. Tengo ese recuerdo, de ayudarnos entre todas porque los enfermeros no entraban a hacerlo. Pero luego, sí había muchísimos pacientes. Los pabellones estaban llenos. No había espacio para nadie. Ahora está vacío porque a cada uno Diosito lo va recogiendo. Unos se van a descansar, ya no existen, ya quedamos muy pocos, uno que otro paciente. De las compañeras quedaron unas cuatro o cinco que están por ahí. Que estén vivas, siendo de nuestra edad, es un milagro. El resto ya se ha ido a descansar en paz. ¡Uy, han fallecido hartísimos! Yo ya no recuerdo cuántos. Eso da pena, porque viviendo acá se ha generado una fuerte amistad con los compañeros. En ese sentido, da mucha pena la ausencia de los que se han ido. Hemos quedado pocos, poquísimos. Y es que como sea, hemos vivido años aquí, hemos compartido el mismo dolor de nuestra enfermedad.

Creo que la fuerza ha venido de Dios, por eso, las hermanitas nos han enseñado a orar así:

> Dios, que diste tu vida en la cruz para salvar al mundo entero. Por ese amor inmenso, dueño abundante de misericordia divina, con la que nos llenas toda nuestra vida. Porque eres un padre que no quieres que nadie se pierda. Porque eres un padre amoroso y que junto a ti a nada temeremos, nada nos faltará. Tú eres mi Dios, mi señor. Tú serás el dueño de mi corazón. En tus manos divinas de padre te ponemos nuestros dolores, nuestras alegrías. Para que tú, como padre bueno y misericordioso, nos ayudes a cargar nuestra cruz y seguirte. Para que como padre que nos amas, nos perdones de toda falencia y debilidad, para serte fiel hasta el final. Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo, tu hijo que es Dios y vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Y a la Mamita Virgen también nos enseñaron a saludarla, con el saludo del ángel y a través de la vocación del Rosario:

> Bendita madre, acudimos a tu ayuda para que intercedas por las necesidades de tus hijas, de todas las familias y todos los que estemos aquí presentes, porque necesitamos de esa intercesión valiosa de madre. Alcánzanos la gracia del perdón, la gracia de la fe y la gracia de la perseverancia.

Y las monjitas también nos han enseñado a cantar:

> Dueño de mi vida, vena de mi amor, ábreme la herida de tu corazón. Dueño de mi vida, ábreme la herida de tu corazón. Señor, no soy digna de que entres a mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme. Amén.

En la Semana Santa nos vemos siempre en la tarde para la Hora Santa. Las monjitas vienen a hacernos rezar, a darnos la comunión. Aunque, a veces rezando me quedo dormida, sobre todo cuando estoy cansada. Por eso debo acostarme, cuando tengo un poco de malestar. Es que los pacientes de Hansen, a veces nos la pasamos adoloridos.

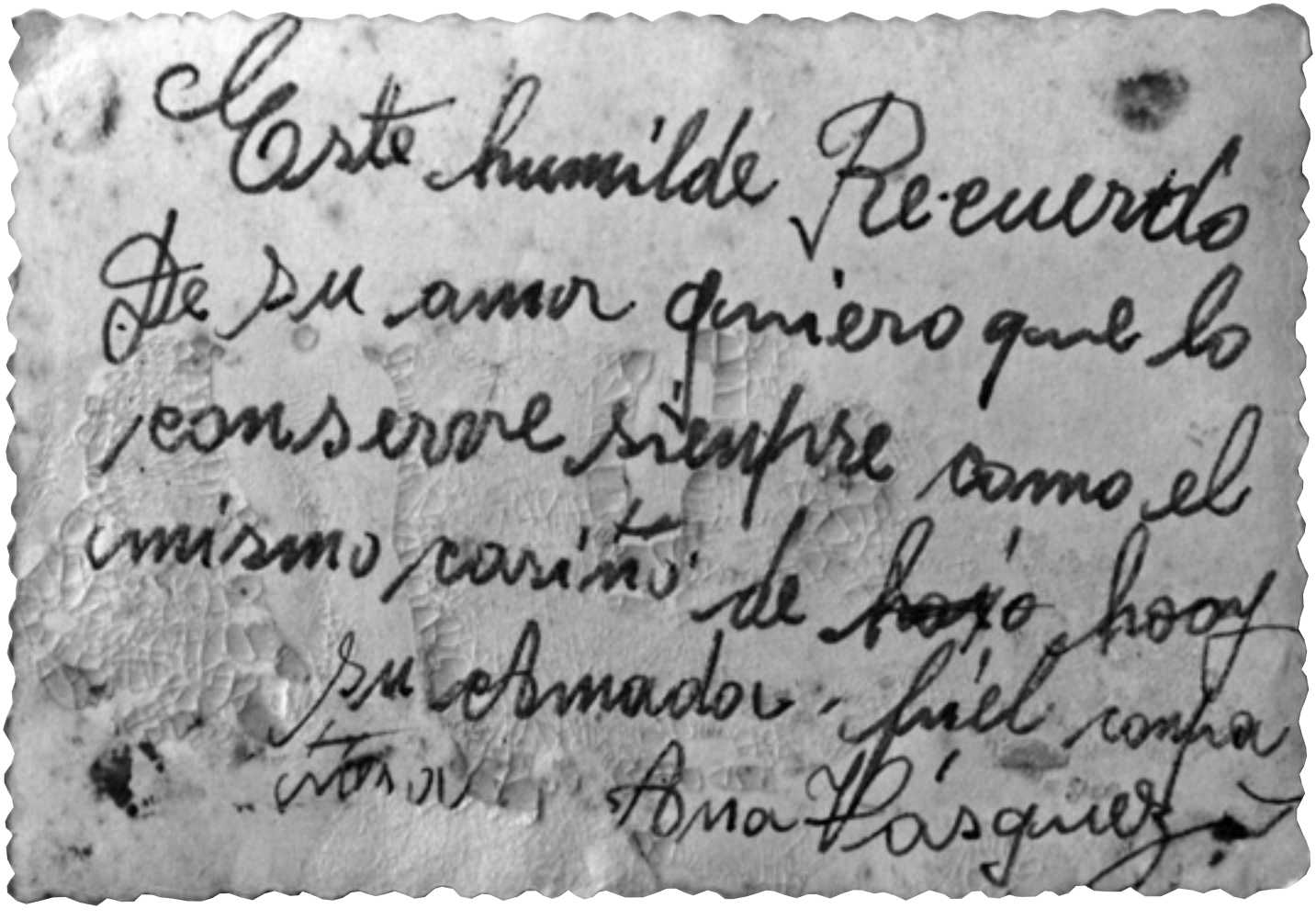
Antes de venir aquí, la pasaba en mi casa, con mi familia. Como era todavía *guambra* (joven), me la pasaba con mis hermanos todo el tiempo.

72 Estudié sólo hasta primer grado. No estudié más, porque como me la pasaba enferma, y con ese problema que luego supe era el Hansen, siempre estaba cansada. Tardé en ver los síntomas. Tenía 13 años y ya empecé a sentirme mal, me salían unas ronchitas en el cuerpo. Cuando me quemaba, las heridas no sanaban inmediatamente, demoraban en sanarse. Así, cuando me lastimaba, o cuando me caía, la herida demoraba en cicatrizar.

Una vez me quemé, cuando era joven. Tengo todavía las señales. Demoró mucho para curarse. Estaba siempre cansada. Creo que era el inicio de mi enfermedad: escalofríos, ronchas, falta de sensibilidad en algunas partes del cuerpo. Pero no pudieron diagnosticarla a tiempo. Antes, sufría de asma. Me la pasaba ingresada en el hospital, dos, tres días cada vez. Luego, volvía a mi casa, otra vez me ponía mal y tenía que regresar al hospital, no podía respirar. Sólo después me detectaron esta enfermedad. A los 15 años me llevaron al hospital. Me hicieron muchos exámenes y no me encontraron nada. Me hicieron un examen nasal y me sacaron una muestra, como un tumor que tenía, chiquito. Ahí me descubrieron la enfermedad esta. De ahí ya me mandaron al hospital. En ese entonces le llamaban "la enfermedad de la lepra".

Cuando vine acá al Gonzalo González mi familia se quedó con pena. Decían que no sabían cómo había adquirido yo esta enfermedad. Porque en una hacienda, había un señor, que decía que tenía esta enfermedad. Pero yo era joven y ya no me acuerdo. Me contaban mi papá y mis hermanos de este señor, a quien se le veía enfermo cuando nos iba a visitar. Puede ser entonces que ese señor tenía esta enfermedad y nosotros, como andábamos sin zapatos, la contrajimos, tal vez, no lo sé. Pensaban, entonces, que era contagiosa. Pero, aunque sea así, mi familia iba allá, a Guayaquil, todos los días a visitarme. Yo estuve en Guayaquil casi un año. De ahí ya nos mandaron aquí en un grupo como de unos diez pacientes, quizá. Ahí mi familia me iba a ver, pero muy poco, porque está lejos Guayaquil. Me venían a ver mis hermanos. Cuando me enteré que tenía Hansen, yo sufría y lloraba porque soñaba vivir con mi familia y no vivir solita. Decía: "¿Cuándo me curaré, para volver a mi casa?" Pero ya no volví. En Guayaquil me tuvieron unos ocho o quince días, quizá hasta un mes en el hospital, porque decían que tenían que ver si me restablecía. Yo gritaba del dolor así que me inyectaban algo. Y así pasaba una y otra vez, hasta que ya me quedé en el hospital.

Cuando fui a Guayaquil conocí a mi esposo y nos casamos. Él estuvo en el hospital porque era paciente, pues también tuvo Hansen. Lo conocí, nos enamoramos y después de que estuvimos casi dos años de enamorados, nos casamos. Ya estábamos aquí, en Quito, pero vivíamos separados. Es que no se podía ver a nadie porque estábamos en pabellones distintos. En Guayaquil, como un año o más, fuimos sólo amigos. Vinimos al hospital pero solteros. Vivíamos, él allá, y yo aquí. Después tuvimos otro año así. Entonces él se fue del hospital. Le dieron de alta y se fue a su casa. Yo me quedé. Después me dieron de alta también y nos casamos. De ahí, volvimos al hospital, pero ya casados. Como nos tenían viviendo en pabellones separados, algunas personas se enviaban cartitas y notas. Nosotros también, claro, cuando éramos enamorados. Por ejemplo, nosotros les dábamos la ropa a los jóvenes, a los solteros. Entonces había unas canastitas con tapa, ahí ponían la ropa y, en medio de la ropa, mandábamos las cartas. No podíamos conservar ninguna de las cartas; nos hubieran descubierto y hubiera sido terrible. Le escribía en las cartas que me gustaba, que le quería. Cuando se fue, le pedí que no se quedara por allá, que me buscara. Era por el amor, que es bonito, pues. Nos veíamos por las rendijitas de un portón grande. En ese tiempo, esto era un hospital y un cementerio al mismo tiempo. Porque, antes, a nadie lo enterraban afuera, todos se morían y se quedaban aquí adentro. Y, claro, cuando uno abría el portón grande, se veían sólo viejitos, y los saludábamos con las manos. Por suerte nunca nos llegaron a descubrir las cartas. Porque, ¡uy!, ahí sí nos hubieran castigado. Es que estaba prohibido incluso tener enamorado; que llegara a ser una cosa seria, y casarse, mucho peor. Cuando estuvimos afuera como un año, estuvimos donde los suegros, donde los papás de mi esposo. Estuvimos un año allí y me embaracé. Tuve un niño, eso fue en la provincia de El Oro, pero nació muerto porque no pude dar a luz a tiempo. Casi muero yo también. De ahí ya venimos para acá. Pero cuando regresamos no querían dejarnos vivir juntos. ¡Uy!, cuando yo vine no querían recibirme. Porque me dijeron que me habían dado de alta para que fuera a mi casa y no para buscar marido. Así que luchamos bastante. Todos los compañeros nos ayudaron, hablaron para que nos recibieran. Cuando ya nos recibieron, aún nos tenían separados en pabellones, aunque estábamos casados. No me acuerdo cuánto tiempo nos tuvieron así. Hasta que nos unieron a hombres y mujeres. Nos hicieron vivir entre los varones, no nos dejaron en


Este humilde Recuerdo
de su amor quiero que lo
conserve siempre como el
mismo cariño de hoy
su Amador fiel
Ana Vásquez

 el pabellón de las mujeres. Eso se debía a que había bastantes mujeres. La mayoría eran jóvenes, y la tentación estaba ahí. Después, ya hasta permitieron que las parejas tuvieran hijos, porque antes no era permitido. No, ¡uy!, era prohibido, un pecado. Nos decían que no podíamos tener hijos debido al problema de nuestra enfermedad y que cómo íbamos a mantenerlos cuando vinieran al mundo. Entonces, nos ponían bien difícil el pensar en tener un hijo, porque a mí me decían, por ejemplo, que como éramos enfermos, ¿cómo íbamos a trabajar para darles un buen futuro a ellos?

La vida en pareja era linda. Nos llevábamos bien, por qué no decirlo. No recuerdo cuándo murió mi esposo. Olvido todo últimamente. Mi hija sí lo sabe. No sé de cuántos años pero era joven todavía cuando murió mi esposo, aquí en el Gonzalo González. Falleció de un paro cardiaco hace como 30 años. Él trabajaba de empleado aquí en el hospital. Era el encargado de hacer las compras para el hospital. Compraba todo lo que se necesitaba: cebollas, ropa, entre otras cosas. Se lo pedían porque decían que él sabía comprar, tenía buen carácter y era amable. Si alguien le pedía un favor, nunca se negaba. Él decía, "bueno, ya le voy a comprar".

La vida íntima sí era un poco difícil porque todo aquí era limitado, controlado, prohibido. Siempre cuidaban que no nos fuéramos a enamorar, que no viéramos al marido de otra chica. Siempre hubo bastante vigilancia. La enfermedad sí afectó nuestra vida íntima. Yo me puse bien mal y aunque yo era joven todavía, pues no podíamos tener una vida matrimonial plena. Estuve cuatro años con mis piernas como recogidas. No podía caminar y no sabía si iba a vivir. Luego, se me dañaron mis manos, mi cara, mi físico en general. Casi cinco años después empecé a caminar nuevamente porque me compraron una silla como de esas con las que aprenden los niños a caminar. Me la compraron para que la empujara, para que se me fueran extendiendo los tendones. Es que mis piernas estaban bien dobladas. Y como era joven, me dio resultado, aunque nadie podía decir si iba a vivir, o siquiera a caminar. Pasé algunos años de mi juventud allí, en una cama, tendida.

Como en toda pareja, peleábamos. Nadie es santo. Bueno, yo nunca peleé con mi esposo, peleas serias, digamos. Hoy día, por un papel que se cae, las parejas ya entran en una discusión. Pero en pareja, hemos de gustarnos. Teníamos a veces peleas, pero, en general, la vida era bonita. Ya después con mi enfermedad, pasé bastantes años en cama y la relación era distinta.

Tuve a mis hijos acá en el Gonzalo González. Yo tuve diez hijos y de ellos cinco están en el cielo. Tuve dos abortos, luego, uno nació enfermo del corazón y a los tres días falleció. Él no tomaba mi leche, nada, nada. Bonito, él se la pasaba allí en una cunita llorando. Dijo el doctor que había nacido enfermo del corazón. Era muy común en esos tiempos, pero no se sabía nada. Por ejemplo, ahora ya los médicos conocen más. Cuando nacen con ese problema que no pueden respirar bien, les operan. Los tiempos han cambiado y hoy todo está disponible. Antes no era así. Dijo el doctor: "Está enfermo del corazón, hijita, por el tratamiento que has tenido para la lepra. Eso le ha afectado desde que estabas embarazada". De ahí ya no pudimos hacer nada, ni irlo a ver. ¿Cómo podemos dar vida a un niño y luego ya no poder ni verlo? "No se puede hacer nada, hijitos; hay que aceptarlo y que Dios se lo lleve". Nada más. Ésa fue toda la receta que nos dio el doctor.

Yo tuve mis hijos cuando ya vivíamos en el mismo pabellón. Cuando nos unieron. A algunos de mis niños se los llevaron. Un hijo tenía un año cuando lo sacamos, porque decía la visitadora social que se iba a morir. Entonces mi suegra se lo llevó a la provincia de El Oro. Con ella se crió. Ahora, no hay más que esperar a que Dios me lleve. Pero sí tengo un anhelo. Voy a tener una operación, y quisiera que Dios me haga salir bien de ella. Estar siquiera con mis hijos cerca y que Dios disponga después de mí. Nada más.

También, claro, deseo que se mantenga el hospital. Porque usted sabe que todavía hay bastantes enfermos aquí. Ellos necesitan que haya atención, porque uno se va agravando. Yo, por ejemplo, estaba sanita cuando vine con mi esposo a recibir tratamiento. Después, ya empecé a ponerme mal. Yo quisiera que el gobierno no nos quitara esto, porque es nuestra casita. Que ya que la hicieron arreglar, que nos dejen aquí, hasta que Dios nos tenga con vida. Porque nos hicieron arreglar las casas, entonces que nos dejen terminar aquí nuestras vidas. Por eso, quisiera que las personas caritativas nos ayudaran, nos apoyaran para que nos dejen vivir aquí. ¿Qué más podemos hacer?

6 de octubre de 2014